

CATEQUESIS Y CULTURA: EL PROCESO DE INCULTURACION

André Fossion

El tema de reflexión de nuestro seminario estará consagrado a las relaciones entre la catequesis y la cultura, y más precisamente al proceso de inculturación.

Para situar el tema del seminario, quiero recordar aquí muy brevemente la tarea y los grandes principios de la inculturación. Después formularé tres preguntas que serán la base de nuestra reflexión y debate¹.

1. TAREA Y PRINCIPIOS DE LA INCULTURACIÓN DE LA FE

El Concilio Vaticano II se presenta como un gran esfuerzo de acercamiento, de diálogo entre la fe cristiana y la cultura. Como lo subrayara el papa Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelli Nuntiandi*, "la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas". La tarea fundamental de la inculturación es superar esta ruptura, hacer la fe posible, creíble, viva, creadora y liberadora en la historia de los hombres.

¿Cómo definir el proceso de inculturación? Se le puede definir de la siguiente forma:

La inculturación es el proceso por el cual la vida y el mensaje cristiano se insertan en una cultura particular, se encarnan en una comunidad cultural, en una sociedad determinada y allí toman raíz produciendo nuevas riquezas, formas inéditas de pensamiento, de acción y de celebración².

En esta definición se puede subrayar al menos tres puntos fundamentales:

- Primero. La cultura es percibida de manera sistemática, global. Como lo dice el documento final de la conferencia de Puebla, "la cultura engloba la totalidad de la vida de un pueblo"(DP 387). La cultura comprende su

1. Las citaciones de los documentos de la Iglesia han sido traducidas desde su texto francés.
2. J,SCHEUER, "L'inculturation. Présentation du thème", in *Lumen Vitae*, vol.39, 3 (1984) 253.

visión del mundo, sus valores, sus costumbres, su lengua, sus símbolos, sus ritos, sus estructuras de la vida social, su funcionamiento económico, sus instituciones políticas.

- Segundo. El proceso de inculturación de la fe implica un conocimiento de la cultura, un discernimiento crítico, a la luz del Evangelio, de sus aspectos negativos y de sus aspectos positivos y en la reorientación, en nombre del Evangelio, de los aspectos negativos.
- Tercero. La inculturación implica además un enriquecimiento mutuo de la cultura y de la fe misma.

La catequesis es parte importante en ese proceso de inculturación. Ella juega allí un papel decisivo y primordial. Como lo dice el *Mensaje al Pueblo de Dios* del Sínodo de 1977, "la catequesis es un factor activo de inculturación. Es por la catequesis que la fe cristiana debe encarnarse en las culturas" (n.5). De ahí, el tema de nuestra reflexión: catequesis y cultura.

A partir de esta definición y de estos principios de la inculturación, quiero propiciar un espacio de reflexión y de debate sobre tres preguntas.

2. TRES PREGUNTAS O TEMAS PARA EL DEBATE

La primera pregunta se refiere a las relaciones entre la inculturación y la liberación

Después del Concilio, en Europa y más concretamente en América Latina sobretodo después de Medellín, la catequesis ha estado marcada por la llamada al compromiso por y para la justicia en nombre del Evangelio. Esta problemática de la liberación está directamente centrada sobre el escándalo de la pobreza y de la injusticia; ella subraya la urgencia de la solidaridad con los pobres y de la acción transformadora, en nombre del Evangelio, de las estructuras de opresión. La problemática de la inculturación, por su parte, es más centrada espontáneamente sobre el lenguaje, sobre los valores, sobre los símbolos y sobre la expresión de la fe en las culturas.

Algunos se preguntan, y con razón. ¿No hay, en la problemática de la inculturación, un alejamiento, un toma de distancia hasta un cambio brusco de perspectivas con relación a la problemática de la liberación? La pregunta es pertinente. En todo caso, ella invita a la búsqueda de las relaciones que existen entre inculturación de la fe y acción liberadora.

Yo creo, en efecto, que no se debe oponer las dos problemáticas. Al contrario, ellas se pueden enriquecer mutuamente. Antes que oponerlas, se debe buscar los vínculos estrechos que existen entre una y otra.

He aquí algunas reflexiones a este propósito:

- En primer lugar me parece importante dar al concepto de cultura toda su extensión. La cultura definida de manera global incluye el funcionamiento económico, las estructuras sociales y las relaciones de poder. Es decir que la inculturación de la fe implica la toma en cuenta, en forma directa, de las estructuras económicas, sociales y políticas. Una catequesis inculturada deberá pues tener en cuenta esas realidades económicas, sociales y políticas. Eso corresponde al primer momento de una catequesis liberadora: ver.

- Se debe subrayar, enseguida, que el proceso de inculturación de la fe requiere un análisis y un discernimiento crítico a la luz del Evangelio sobre el funcionamiento socio-económico, sobre las estructuras de injusticia que pueden existir en una sociedad determinada. Existe en la inculturación un principio de reorientación de las culturas en nombre del Evangelio y de transformación de la sociedad en sus aspectos negativos. Es decir que es a partir de la opción preferencial por los pobres que una verdadera inculturación puede efectuarse. Eso corresponde al segundo momento de una catequesis liberadora: Juzgar.

- En tercer lugar, se debe subrayar que la inculturación de la fe no es solamente del orden de la expresión verbal de la misma, sino también del orden de la acción. La inculturación consiste en hacer surgir de la tradición viva de las culturas no solamente formas originales de pensamiento o de celebración, sino también de acción cristiana. En este sentido, la inculturación de la fe se hace también acción transformadora. A este respecto, se puede recordar aquí el Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de 1977: "Uno de los papeles principales de la catequesis de hoy, es precisamente el de suscitar y de promover nuevos tipos de compromiso, serio y eficaz, entre otros en el dominio de la justicia" (n.10). El documento final de la conferencia de Puebla subraya igualmente esta misma urgencia de la acción transformadora.

La Iglesia llama a una renovada conversión en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico. Al llamar a una revitalización de los valores evangélicos, urge una rápida y profunda transformación de las estructuras (DP438).

Todo eso corresponde al tercer momento de una catequesis liberadora: actuar.

En resumen, siempre que se dé al concepto de cultura toda su extensión, se puede afirmar que el proceso de inculturación está connaturalmente ligado a la opción preferencial por los pobres y a la acción decidida en favor de la justicia. La inculturación de la fe implica la promoción cultural de los pobres, el reconocimiento de su dignidad, su acceso al saber, a la autonomía y a la capacidad de decidir sobre su destino. La inculturación de la fe, de la esperanza

y de la caridad no es diferente de la liberación integral del hombre. Una catequesis liberadora es una catequesis inculturada y viceversa.

La segunda pregunta se refiere a la singularidad cultural, al reencuentro de culturas y a la universalidad de la fe

Antes que nada, recordemos que la cultura no existe en estado puro. Toda cultura es siempre el fruto de un mestizaje cultural al igual que cada uno de nosotros es el fruto de un intercambio al menos entre dos personas. Además, en cada cultura, hay diferencias, tensiones y conflictos. También las culturas locales se reencuentran y se influyen mutuamente por su proximidad. Esto es lo que denominamos la "aculturación". A una cultura local se le puede también imponer otra cultura, eventualmente de manera dominadora. Así, por ejemplo, a las culturas locales tradicionales se les impone la cultura científica y técnica, la cultura conducida por los medios de comunicación o por la sociedad de consumo. Existe hoy una cierta mundialización de la cultura que no reemplaza las culturas locales, pero se impone a ellas o cohabita con ellas más o menos armoniosamente, eventualmente de manera conflictiva. Se permanece siempre en una situación de diálogo, quizás hasta la confrontación, de las culturas.

Es siempre en el campo de este diálogo y de confrontación de las culturas que la fe cristiana interviene y se encarna en la historia humana. Como lo dice la Exhortación Apostólica Catechesi Tradendae, "la catequesis se inserta inevitablemente en un cierto diálogo de culturas" (CT 53).

Desde aquí se puede asignar a la catequesis una triple función:

En primer lugar, uno de los papeles de la catequesis es el de favorecer el encuentro de culturas. Ella debe favorecer su diálogo y su enriquecimiento mutuo. Ella debe luchar contra los fenómenos de dominación de una cultura sobre otra. Reencontramos aquí el aspecto de liberación del cual hablamos en el punto anterior. En otros términos, la catequesis debe ponerse al servicio del encuentro de las culturas - un encuentro sin dominación, sin violencia. La catequesis debe discernir lo que las diferentes culturas pueden aportarse mutuamente en busca del bien común. Esto se refiere particularmente a las relaciones entre las culturas locales tradicionales y la cultura mundial. La tarea de la Iglesia y de la catequesis es de evitar simultáneamente el aislamiento de las culturas locales al igual que la imposición uniformizante de una cultura dominante y dominadora. Crítica por igual a unas y otras, la Iglesia en su acción catequética está llamada a jugar un rol de integración: ella es promotora de creatividad cultural dentro del reencuentro mismo de las culturas. En otros términos, la fe y la catequesis son un medio de intercambio intercultural; están al servicio de la intercomunicación entre los hombres de las diferentes culturas y del enriquecimiento mutuo de las mismas.

En segundo lugar, cuando la fe se enuncia en una cultura, necesariamente ella aporta elementos de otras culturas en las que ella ya se ha expresado. Como lo dice Catechesi Tradendae,

el mensaje evangélico no se puede pura y simplemente aislarse de la cultura en la que está inserto desde el principio (el mundo bíblico y, más concretamente, el medio cultural en que vivió Jesús de Nazaret); ni tampoco, sin graves pérdidas, podrá ser aislado de las culturas en las que ya se ha expresado a lo largo de los siglos (CT 53).

La Tradición cristiana, en efecto, conduce todo un tesoro de elementos culturales que hacen parte de su historia. Es por esto por lo que el proceso de inculturación de la fe se encuentra frente a una doble exigencia: de una parte, se esfuerza por integrar los valores, la lengua, las riquezas de una cultura dada, y, de otra parte, invita a entrar en contacto con la tradición y con los elementos culturales que ella porta. La inculturación de la fe, pues, no es jamás simplemente un "refugiarse", una limitación a un contexto cultural determinado; la inculturación de la fe provoca siempre un encuentro con las culturas donde la fe se expresó. En este sentido, la catequesis debe valorar la cultura de los catequizandos y, a la vez, debe invitarlos a salir de su propio lugar cultural para enriquecerse al contacto con otras culturas e inspirarse en las expresiones que la fe ha encontrado allí. Así, la inculturación de la fe se encuentra siempre en el centro del encuentro de la Tradición y de una cultura dada.

En tercer lugar, si la fe se expresa siempre en las culturas particulares, ella no se encuentra sin embargo ligada a ninguna. Siempre situada culturalmente, la fe es universal. Un crucifijo africano, por ejemplo, deja ver la singularidad cultural de la Iglesia africana y, a la vez, el signo universal de la fe. Lo mismo para los diversos modos de vida, de celebración y de pensamiento cristianos. Ellos son siempre el fruto singular del Evangelio en una cultura dada y, a la vez, el ejercicio de una comunión universal - transcultural - en la misma fe.

Desde aquí, la catequesis encuentra una doble tarea: de una parte, la tarea de hacer surgir las expresiones de la fe apropiadas para un contexto cultural determinado. De otra parte, la tarea de hacer percibir, en estas mismas expresiones singulares, los signos de la universalidad de la fe, el ejercicio de una comunión eclesial universal en la misma fe.

La tercera pregunta se refiere a los actores de la inculturación

¿Quiénes son los actores de la inculturación? Se debe distinguir aquí la "adaptación" y la "inculturación". Me parece que hay a menudo una confusión entre ellas; cuando se habla de "inculturación", no se trata, en realidad, solamente de "adaptación". La "adaptación" es sólo la mitad del camino del proceso de "inculturación".

La adaptación es una acción propia del catequista. Ella consiste en poner el mensaje cristiano a la puerta de los catequizandos, en un acto que tiene en cuenta su medio socio-cultural, sus inquietudes, sus aptitudes. El catequista es el operario de esta adaptación. A él corresponde modelar de forma variable la presentación del mensaje a fin que este sea comprensible para los catequizandos.

La inculturación va más lejos de una simple "adaptación" del mensaje por los catequistas. La inculturación es un trabajo común de los catequistas y de los catequizandos. Es en este conjunto, en el campo de su propia cultura, que los catequistas y los catequizandos participan del trabajo de la inculturación de la fe y hacen una obra común de tradición viva. Los catequistas, por su parte, deben discernir con sabiduría, en una cultura dada, las riquezas y las aspiraciones sobre las cuales ellos pueden apoyarse para anunciar el Evangelio sin alterarlo. Y los catequizandos, por su lado recibiendo así el mensaje, son llamados a asumirlo, a reexpresarlo, a vivirlo de manera inventiva y creadora. Las culturas no pueden solamente recibir una catequesis adaptada; ellas son elementos activos, protagonistas de tiempo completo del proceso de inculturación. Catechesi Tradendae nos dice a este proposito: "La catequesis ayudara (a las culturas) a hacer surgir de su propia tradición vivas expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristianos" (CT 53). Se observa en esta citación que las culturas tienen un papel creador en la inculturación de la fe.

Esta participación de los catequistas como de los catequizandos en el proceso de inculturación plantea al menos dos exigencias:

- a) Sobre el plano de la pedagogía catequética, el proceso de inculturación implica metodologías activas donde los catequizandos pueden igualmente dar y recibir, tomar la palabra y reexpresar en su propio lenguaje el mensaje de la fe.
- b) Sobre el plano eclesial, el proceso de inculturación exige comunidades participativas en las cuales los unos y los otros tienen derecho a la palabra y participación conjuntamente de la tradición viva.